LA NOVELA
NO POR OBRA

1
233451



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

1 PTA

POR VICENTE DIEZ DE TEJADA

ochoa

1

233451

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		Extranjero:	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

47/1504276

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Antonio de Hoyos y Vinent, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año II. **Madrid, 31 de enero de 1925** **Núm. 21**

NO POR OBRA DE VARÓN...

POR

VICENTE DIEZ DE TEJADA

Ilustraciones de OCHOA

UNA PESETA

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.

1 9 2 5

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño.*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS
DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

R 3221903



No vayas a creer, lector, que yo saco de mi cabeza las novelas que escribo, como de su cabeza sacó el alcalde de marras los cuernos que clavó en las paredes del ferial para atar en ellos las bridas de los caballos.

No. Estas novelitas breves, cuyo número va ya camino del centenar—y no digo del ciento para que no hagas, a costa mía, chistecitos escatológicos—, no salen de mi cabeza.

No—y siguen las negaciones—quiere esto decir que broten de las del prójimo. No, no, y mil veces no; que toda mi vida he sido res-

petuoso con la fruta, dulce y sabrosa, del cercado ajeno; y si alguna vez he alargado mi mano para alcanzar el higo de la vecina, jamás lo he hecho para tocarle una pera al vecino. Te lo juro por mi honor.

Mis novelitas me las da hechas la Vida; la gran maestra, la suprema creadora, la fuente eternamente viva y bullidora, en cuyas linfas debe apagar su sed todo escritor que se estime en algo. El gran espejo en que nos reflejamos todos. Lo que ocurre es que la Vida, concisa, rotunda como un latido, alquitara y acendra de tal modo los hechos que brinda al novelista—libertándolos de la ganga grosera que los envuelve—, que apenas si ofrece como noble metal aprovechable una rápida idea, una frase, una palabra del suceso magno. Yo, sin esta palabra, sin esta frase, sin esta idea, soy hombre al agua. Mi inventiva es nula. Pienso, también, que no hay nada más absurdo que inventar una vida.

No; las vidas no se inventan. Se arreglan, se retuercen, se desquician, se contrahacen...; pero *alguien* las vive. Y ese alguien es quien sopla en mi oído el eco de ellas y deslumbra mis ojos con uno de sus destellos. Por otra parte, ¿a qué ese intento necio de inventar? ¿No hemos quedado en que no hay nada nuevo bajo el sol? ¡Pues mal año para los inventores!

Vuelvo a lo mío, y digo: que yo necesito este grumo de levadura, aunque él sea tamaño como un grano de mijo, para incorporarlo a mi harina, a mi agua y a mi sal; para, todo junto, amasarlo, tresnarlo y heñirlo; para que lleude y fermente, y para que de todo ello salga, por fin, mi pan, quizás como unas hostias, pero pan sabroso; no tortas ácimas, insulsas como las de la Parasceve.

Pero ahora me encuentro frente a frente a un caso singular. Esta novelita, la que tras

este alegato pienso colocarte, no me la ha ofrecido la Vida tan dosimétricamente como te he dicho, sino entera y verdadera; no como tal novela, cierto es, sino como un cuentecillo escapado del decamerón; un cuentecito ácido, poco más extenso que el chascarrillo alado de una mesa de café.

¿Por qué, pues, no siendo mío este fruto, sino hijo de un ignorado y agudo ingenio, gran sabedor de las leyes del chiste, voy a ofrecértelo yo, apadrinándolo, como hermano de mis legítimos hijos? Porque de él, como ya te he dicho, voy a tomar sólo la idea. Esta idea sacrosanta que, según los fusiladores al uso, una vez lanzada, pertenece a todos, cual mariposa policroma que, surgiendo de la obscura crisálida, vuela inerme e indefensa, a merced del primer entomólogo que pase, que le dé caza y que la fije en sus cartones.

La Venus de Milo—dicen estos frescales—, hasta sin el inquietante misterio de su manquedad, late en todos los bloques de mármol, esperando a todos los escultores del mundo. No diré yo que no, pero tampoco diré que sí. Con esto me ocurre lo mismo que le sucedía a aquella niña precoz que decía, confidencialmente, a una amiguita suya: "Yo sé ya que los niños no los envían de París, ni los traen las cigüeñas en el pico, ni los encuentran sus papás debajo de las coles. Los niños salen del vientre de su madre... ¡Lo que no sé yo aún es cómo los meten!..." La Venus estará encerrada en las entrañas del monolito, a merced de cualquier vulgar picapedrero; lo que a mí me interesa es saber cómo la metió allí el genial plasmador del barro en que, nuevo Pigmalión, la llamó a la vida.

No es, pues, cuestión de sacarla, sino de meterla.

Hoy, pues, voy a ejercer de marmolista

yo. Oculta en el bloque de estas cuartillas hay una Venus, que alguien, que no fuí yo, encerró en ellas. Y ya que él la metió entre oleadas de placer engendrador, con vida y dulzura, yo me limitaré a sacarla, aunque sea gimiendo y llorando.

Válgame de disculpa esta honrada y paladina confesión..., a las que tan poco acostumbrados estamos, lectorcito bueno.

I

Pedro Eduardo Watson, *junior,* era un *gentleman* admirable, un regio ejemplar de hombre, de la especie, un tanto fantástica, de los Fairbanks, de los Wallace, de los Moreno, de los Ray y demás héroes peliculeros, que, como especímenes de una soñada humanidad nueva, hija de selecciones pacientísimas, ofrece a nuestra contemplación—y hasta a nuestra envidia de caducos y de marchitos—la pantalla del *cine.*

Pedro Eduardo Watson, *junior,* era joven, arrogante, recio, ágil, valiente, hermoso, y, por si algo le faltase, aunque no le faltaba nada, rico, egregiamente rico, ya que



era hijo único del rey de las minas de lacre de Bluffland, en Yankilandia. Un hombre.

Y miss Linda McCleod, la hija del rey de las minas de marfil, era la criatura más divina que ha brotado de los alientos humanos; la más divina que en el *cine,* y fuera del *cine,* han saboreado nuestros golosos ojos pecadores. Menudita, esbelta, inquieta, blanca, como la nieve blanca, y rosada como un capullito de pitiminí, rubia como el oro de un alborear, con dos esmeraldas por ojos, un corazoncito de coral por boca, una campanillita de plata por voz y un inagotable arsenal de monerías por gracias. Una mujer.

Hombre y mujer dignos de ser colocados en el altar de oro de una especie nueva, pobladora del mundo de la utopía, en el que todos los hombres habrían de ser muy hombres, masculinamente machos; y muy mujeres, femeninamente hembras, todas las mujeres.



Pedro y Linda se vieron, y se amaron.

Conociéronse en el campo de *tennis* del parque de uno de sus opulentos amigos; recién salida del pensionado, ella; recién licenciado de la vergonzosa guerra, él, a la que —sin pensar en defender los comprometidos millones de su padre—había volado voluntario, hombre, y de la que regresó héroe, con una *fourchette* de cintas de colores en el pecho y una augusta cicatriz, digna de Heidelberg, en la frente.

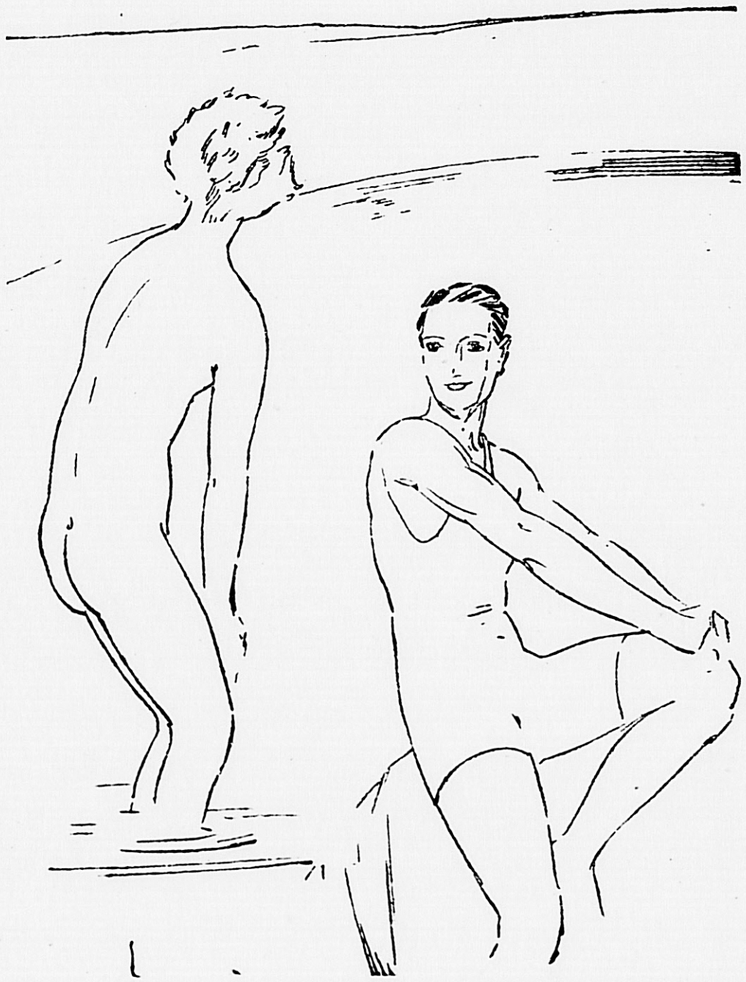
Se vieron y se amaron.

Solitos, como dos espíritus puros, realizaron excursiones a caballo—gran amazona, gran centauro—, en *auto*, en canoa, en aeroplano, en submarino... Comieron juntos, cenaron juntos, durmieron juntos en el corazón de las selvas, cabe la hoguera protectora, en la soledad augusta de los mares y en la promiscuidad serena del hotel.

Se bañaron juntos, velando apenas los te-



soros de sus gracias, las suaves turgencias inquietantes y apetecibles, los blandos abultamientos en que laten Himalayas de placer, con los ceñidos *maillots,* denunciadores de toda perfección y pregoneros de toda opulencia; se abrazaron, se rozaron, se ciñeron entre las cándidas espumas y bajo las líquidas esmeraldas; se admiraron, en voluntaria exposición, tendidos sobre los arenales de oro de la playa..., y nada; como en el Limbo de los justos, puros, inalterables, educaditos, sin pena y sin gloria, oliendo a mirtos y a azahares, hasta que, por fin, un día, a contraluz, sobre un fondo de selva iluminado por tintas crepusculares, con grandes rocas a un lado, gigantescos arces a otro y una rugidora catarata en el centro, ante los mil espectadores de la sala tenebrosa, cambiaron su anillo de desposorios, fueron acercando sus bocas lentamente, lentamente, y se dieron un beso, el primer beso, largo, muy largo, interminable-



mente largo; un beso absolutamente de *cine,* que hizo rugir a la encelada galería.

Después, alegres, satisfechos, pícaros, como niños que han corrido una divertida aventura, presentáronse, juntitos, en sus sendas casas; mostró ella a sus papás la alianza áurea, soltóle él otro beso, si no tan largo, mucho más ancho que el de marras, y exclamaron:

—¿No sabéis? ¡Nos casamos mañana!

Y los respectivos papás, soltando el trapo, entre palmaditas y abrazos, les respondieron:

—*All right...! ¡Todo derecho!*

Verificóse la boda, no por la posta, que esto es cosa anticuada ya, sino por radiotelefonía. Galas espléndidas, cientos de invitados, corte de honor—¡seis muchachas como seis soles refulgentes!—, el artístico ramo lleno de cintas, el pastor, sonriente, bondadoso y un tanto mundano... Todo estaba ya dispuesto entre bastidores... Un rápido



chu-chú, sin latinajos, en correctísimo inglés, bastante gangoso; un ademán; repetición del juego de la sortija, esta vez con una que ostentaba una perla como una pella de manteca y un brillante como una damajuana, y vuelta a sellar el pacto con el beso-vermut, en presencia y ante los largos dientes de todos. ¡Y ya está!

Felicitaciones, abrazos, fuga rápida, lluvia de arroz, símbolo de abundancia; pedrea de zapatos viejos, el blanco automóvil que huye, y, momentos después, "¡al fin, solos!"; es decir, solos otra vez, la mil y quinientas; pero ahora, solos y con gotas.

Como en el *cine;* lo mismo que en el *cine*.

*
* *

Llegó el momento sublime de la comunión, en el que los aleteos del espíritu sirven de sordina a los aullidos de la carne. Entre ba-



tistas finísimas y blondas preciosas, bajo rasos y tules, entre perfumes delicados y cálidos arrullos, Pedro Eduardo Watson hizo ofrenda de todo el tesoro de su espléndida virilidad a Linda McCleod—mistress Watson ya—, su mujercita rica, iniciándola en los sublimes, en los esotéricos misterios del amor. ¡Oh, momento aquél, digno de ser cantado por los propios dioses! Potencia, energía, masculinidad fiera y acometedora; abandono, pasividad, estremecimientos de feminidad exquisita, temblorosa ante el arcano, oleadas de rubor y latigazos de apetito; y dos cuerpos que se compenetran, que se injertan, que se confunden, en íntima vibración de las más recónditas entrañas, espasmos de placer, presión de abrazos, succión de besos, un mordisquito bárbaro, que salta desde la espelunca del troglodita a la alcoba del hombre de los salones, y la inmensa, la infinita, la inefable oleada turbadora que con-

duce al propio Edén, entre angustias dulcísimas de anulación, de desvanecimiento, de muerte.

¡Adorámoste, preciosísimo cuerpo y sangre de la mujer amada!

¡Venga a nos el tu reino de deleite, señor, dueño y dominador cuerpo del hombre amado!

¡Bendito sea por los siglos de los siglos sin fin, este supremo instante de la vida, suma y compendio y pretexto y justificación de todos los momentos y de las vidas todas!...

Al reaccionar, deshecho el dulce lazo, Pedro Eduardo dijo a Linda:

—¡Oh, mistress Watson, amor mío! ¡Muchas gracias! Acabáis de hacerme el hombre más feliz de los hombres.

—Vos, míster Watson—respondió la dulce mujercita—, me habéis colmado de felicidad.

—Mistress Watson, ¡sois verdaderamente adorable!

—Y vos extraordinariamente galante, míster Watson.

—Desearía haceros una pregunta sin importancia.

—Yo seré feliz contestándoos.

—Me ha parecido, encantadora mistress Watson, que no he encontrado grandes dificultades que vencer en este amoroso asalto primero..., si ha sido para vos el primero este asalto... No quisiera pecar de incorrecto...

—Sois la corrección personificada, y os he comprendido en seguida. No es el primero, efectivamente—añadió la iniciada sonriendo y sin aumentar la importancia que al caso concedía su marido—; antes que vos, míster Watson, me poseyó brutalmente míster Black, el socio de papá, durante unas vacaciones que pasé en su casa. Es un hombre gro-

sero y sin principios, absolutamente indeseable. No me había acordado de hablaros de este molesto incidente.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Verdaderamente muy molesto!...

—Pero muy gracioso, como veréis. Míster Black me obsequió un día con una jira a sus tierras de Betterday. Estábamos en pleno julio, y por tener que atravesar bosques, cruzar ríos y salvar barrancadas, hacíamos la excursión a caballo. Era un día de fuego; quemaba el aire. En una hondonada dormía el río en un remanso azul, cuyas claras linfas invitaban al baño. Yo sentí unos irresistibles deseos de bañarme, y así se lo indiqué a míster Black. Mientras yo, nueva Venus, templaba mis ardores en las frescas aguas, el socio de papá, a honesta distancia, ordenaba las notas de su cartera. De pronto, como presa de un vértigo, cual acometido por un rapto de locura, oigo que, en alarido des-



garrador de espanto supremo, míster Black pronuncia mi nombre, lo veo despojarse frenético de sus ropas hasta quedar, como yo, completamente desnudo, y, con mi nombre siempre en los labios, corre a la orilla, escarpada por aquel punto, se precipita en el río de cabeza, y nadando vigorosamente, avanza hacia mí; llega, me alcanza, me ase por la cintura y me conduce a la margen florida, tapizada de finísimos céspedes.

—¡Oh! ¡Qué susto!—me decía—. ¡Qué susto me habéis dado, querida Linda!

—¡Susto!—repetí yo—. ¿Susto por qué?

—Habéis estado a punto de ser sorbida por una olla espantosa que no habíamos visto... Estabais ya bajo la influencia de la vorágine... ¡Qué susto! ¡Qué responsabilidad para mí, confiada como estáis a mis cuidados!...

—¡Oh! ¡Gracias, míster Black!—le contesté—. ¡Os debo, pues, la vida!

—No hablemos de eso—continuó—. Hablemos del supremo dolor de ver desaparecer para siempre estos cabellos de oro—y besó mis cabellos—, estos ojos de ondina—y me besó los ojos—, estos labios de coral—y me besó los labios... Y así, sin cesar de estrecharme, fué recorriendo una por una mis perfecciones todas, rindiéndoles el tributo de su adoración con cálidos besos... Yo lo sentía arder... Cuando llegó al áureo lirio de mi sexo, su beso fué una mordedura candente...

—¡Mistress Watson! ¡Por Dios!—interrumpió Pedro Eduardo—. ¡Me hacéis morir! ¡Relatáis de un modo...! ¡Ved que yo ardo también!

—Termino pronto—contestó Linda, y prosiguió:—Yo me di entonces cuenta del peligro; pero comprendí que era tarde... y, sobre todo, inútil; y si, sobre todo puede haber algo más, ridículo. No era cosa, supo-

niendo que hubiese podido desprenderme de los brazos del fauno, de interpretar un *film* con lucha, con resistencia, con cachetes y patadas, huyendo por el bosque desnuda, completamente desnuda; comprenderéis, míster Watson, lo absurdo de tal idea. Me limité, pues, aunque medio desfallecida ya, a prevenir a míster Black acerca de las consecuencias de su intento y a hacerle ver lo incorrecto de su proceder. Pero él no veía nada. Sólo me veía a mí, como un capullo de rosa caído sobre la esmeralda de los céspedes mullidos, impregnados de aromas y de frescura; a mí, que estaba entre sus brazos, sola, indefensa, excitante con mi desnudez y con el perfume de mi virginidad, y me poseyó brutalmente, me desfloró en una orgía de carne, sin la más leve ráfaga de poesía. ¡Es ridículo, ese idiota de míster Black!

—¡Oh, mistress Watson!—imploró Pedro Eduardo, incapaz ya de resistir las morde-

duras con que los canes de la lujuria atarazaban sus entrañas—. Yo os suplico que suspendáis por un momento vuestra expresiva narración y me concedáis un pequeño paréntesis. El viejo idiota, según decís, os besó así los cabellos; y así, los ojos; y así, los labios, y así, así, así, vuestras perfecciones todas, y os poseyó así, ¿verdad? Así..., egregiamente, como ahora yo, ¿no es eso?... Así, ¿verdad, amor mío?... ¡Así!... ¡Así!... ¡Así!...

—¡Oh! ¡Sí, sí, míster Watson!... ¡Reproducís la escena de un modo insuperable! ¡Así!...

—Lo suponía, mistress Watson, pero quería cerciorarme... Quería saber si en modo alguno me consideráis inferior al viejo idiota...

—¡No, por Dios, querido mío! ¡Antes lo superáis en todo! ¡En todo!...

—Bien. Siendo así, quedo tranquilo...

Ahora estoy más tranquilo ya... Comprenderéis, adorable mistress Watson, que habría sido denigrante para mí la menor inferioridad...

—Podéis estar tranquilo... ¡y orgulloso! ¡Sois un campeón!

—Por tal me tengo, y quería demostrároslo. Y ahora, mistress Watson, perdonad. Me hablasteis de algo gracioso referente a esta aventura...

—Sí; realmente, muy gracioso... Como comprenderéis, yo, en cuanto regresé a mi casa enteré de todo a papá. Se puso frenético.

—¡Qué grosería!—exclamaba—. ¡Qué incorrección!... Esto no puede quedar así...

—¿Y qué hizo?

—¡Oh! ¡Qué hizo! ¡Obligó a míster Black a indemnizarme con medio millón de dólares!...

—¡Tiene gracia!—exclamó Pedro Eduardo, prorrumpiendo en una sonora carcaja-

da—. ¡Verdaderamente tuvo gracia el lance! ¡Medio millón de dólares!...

—¡Formidable!... Cuando, más tarde, lo referí en el pensionado a mis amigas, el suceso tuvo un éxito loco.

—¡Oh! Yo lo contaré también en el club. ¡Es ridículo ese idiota de míster Black!...

—Así debió de comprenderlo él, pues estuvo una porción de días sin salir de casa. ¡Si llegara a saberse!... Pero papá es muy correcto y muy serio, y no dijo nada a nadie.

—*All well!*

—Yo no di entonces más importancia al caso; pero hoy sí se la doy. Hoy no perdono a aquel salvaje su atropello; debió haberme preparado para la iniciación; ser un poco más hombre y un mucho menos bestia; debió compartir conmigo el divino festín, que se reservó para él solo... Como vos, querido mío, que me habéis hecho partícipe de vuestra felicidad. Hasta ahora no había yo saboreado

las dulzuras de la posesión. He llegado a vos virgen de sensaciones. ¡Sois grande, míster Watson!... ¡Me habéis enloquecido!

—¡Oh, gracias, mistress Watson! Muy amable... Es porque yo os amo, porque verdaderamente yo os amo... Porque yo enloquezco por vos; porque tengo hambre y sed de vos...

—¿Otra vez, míster Watson?...

—¿Por qué no? ¿Os molesto?

—¡Oh! ¡No, no! Solamente me sorprende.

—Sois divinamente ingenua y cândida... ¡Os adoro!...

—¿Y todo esto pudo haberlo hecho también aquel imbécil?...

—Creo que sí...

—¡Oh, admirable, míster Watson! ¡¡Aborrezco a míster Black!

—*All right!*

—*All right, my dearest!*...

—¡Un beso!

—¡Mil!...

.....

.....

—¿En qué pensáis, míster Watson?...

—En nuestras deliciosas excursiones pasadas; en nuestras cándidas correrías por selvas y playas... Pudimos haberlas amenizado un poco... Nuestras cabalgadas, nuestros baños, nuestras noches en pleno bosque, solos, en el amoroso regazo de la Naturaleza... Hemos sido un poco necios, querida mía.

—Vos habéis sido correctísimo siempre; pero, en efecto..., hemos pecado por... omisión; por omisión de pecar...

—Si yo hubiese sabido...

—No era yo, míster Watson, quien debía indicaros ciertas cosas... ¡Creí que no me amabais lo suficiente! Yo os esperaba, pero no llegasteis nunca... Algunas veces, hasta me incomodé seriamente por vuestra pasivi-

dad... Temí, realmente, que fueseis inferior a míster Black...

—Tuvisteis razón; entonces tuvistèis razón; pero no la tendríais ahora... Supongo que no pensaréis lo mismo ahora...

—¿Cómo pensarlo, dueño mío? Creo haber hecho justicia a vuestras excelentes prendas personales.

—Y a mi amor, y a mi impetuosidad, y a mi fortaleza. ¿No es así?

—Así es, en efecto... Pero ¿qué hacéis, míster Watson? ¿Enloquecéis de nuevo?

—¿Os disgusta, acaso?

—¡No, en verdad!... ¡Me admira!...

—¡Sois adorable, mistress Watson!

—¡Y vos, míster Watson, sois inagotable!... ¡Me matáis!

—¡Me muero!...

.....

.....

—Gracias, mistress Watson... Y ahora

ved de dormir. Prometo no molestaros antes de rayar el día...

—Muy amable... Sí; comprendo que necesito descansar un poco... *Good night!*

—*Good night, my dear!...*

***

Míster Watson cumplió su palabra. Era un caballero. Durmióse como un lirón, con su mujercita entre los brazos, tan ingenua, tan adorable, tan rica; y era de día ya cuando Eros altísimo recibió nuevos sacrificios de la ideal pareja.

Y como esta primera noche de amor, fueron las subsiguientes noches, mientras a la luna de miel le quedó un cuarto para emplearlo en golosinas. Después, terminado el mes de las flores, Pedro Eduardo y Linda regresaron a New-York, abrieron su nueva casa, suntuosa, construída por un genio y

alhajada por las hadas, y una vez reincorporados a la sociedad comenzaron los tórtolos su nueva vida. Las mundanas exigencias los aventaban cual pétalos de una flor sacudida por el viento, y, como en el recodo de un camino, los reunía por la noche en el lecho blando y perfumado, incubador de las más ardientes caricias y de los más sensuales excesos.

¡Hijitos míos de mi alma!

***

El primer disgusto que los señores Watson recibieron en su vida matrimonial se lo proporcionó míster McCleod en persona; el propio papaíto de mistress Watson, antes Linda McCleod, la gentil mujercita.

Pedro Eduardo, al anudar su interrumpida vida de *clubman,* cumplió lo ofrecido, y refirió a la peña de sus amigos el graciosí-



simo paso de comedia que había costado a míster Black la no despreciable suma de quinientos mil dólares.

Como el viejo plutócrata tenía cierta fama de avaro, el relato de la aventura tuvo doble éxito. Uno de los concurrentes hizo una frase respecto a la desfloración de Linda sobre el mullido lecho de frescos céspedes: "Míster Black—dijo—ha hecho un mal negocio, trocando por rubíes las esmeraldas." La delicada alusión fué celebrada, corrió de boca en boca y llegó por fin a oídos del erótico alquimista.

Y esto es lo que míster McCleod venía a decir a míster Watson, plantándose, enfurecido, en el domicilio de Pedro Eduardo y de Linda.

—Míster Watson—le espetó de buenas a primeras—: permitidme que os diga que sois un mentecato.

—¡Caray, querido papá!—respondió el

yerno—. ¿A qué viene esa velada ironía?

—Viene a deciros que, con vuestra incalificable conducta, nos habéis puesto en ridículo a todos. ¡Yo estoy avergonzado!

—Pero ¿qué es ello?

—Hay cosas en la vida que no deben saberse nunca, ¿oís?, ¡nunca! Aunque ante dos testigos nos las comunique un notario. Ya suponía yo que Linda os referiría algún día el sainete de su desfloración; creí firmemente que, como no podía menos de ocurrir, os haría la mar de gracia; pero jamás pude imaginarme que, al relatarlo en el club, no pensaseis en las consecuencias que pudiera tener vuestra confidencia.

—¿Consecuencias? Ninguna, fuera de la que yo me proponía obtener: poner en ridículo a ese viejo idiota, que me robó las primeras mieles de los labios de mi adorada Linda.

—Bien sabéis, míster Watson, que esas

primeras mieles fueron espléndidamente pagadas. Y en cuanto a lo demás, el viejo idiota, como vos lo llamáis, no lo ha sido tanto que no haya tomado sobre todos nosotros un sangriento desquite.

—¿Sobre nosotros?

—¡Sobre todos nosotros!... El viejo idiota, hoy, ha acudido a mí, como ayer acudí yo a él, y sin más ambages ni rodeos, me ha disparado la siguiente andanada: "Míster McCleod: vuestro yerno me ha puesto en ridículo ante la sociedad toda de Nueva York. Ha divulgado en un minuto lo que debió permanecer callado siempre; para ello me sacasteis medio millón. El tácito contrato ha quedado roto. He acudido a un abogado consultor; he hablado con el juez; la razón está de mi parte. Me devolveréis mis quinientos mil dólares..."

—Esa—interrumpió Pedro Eduardo—es otra incorrección de ese viejo avaro.

—Pues me falta—contestóle su suegro—colocaros aún la tercera, porque míster Black añadió: "Y como indemnización que, a vuestra vez, me debéis, a ese medio millón que fué mío, agregaréis otro medio. ¡Y ésta, míster McCleod, es mi última palabra!... ¡No en balde se pone en ridículo a un hombre como yo y a una firma como la mía!..."

—¿Y qué más?

—Nada más. ¿Os parece poco?

—Me parece nada, porque supongo que no os habréis allanado...

—*Time is money,* querido yerno. Dinero que tarda en perderse, se pierde doblemente. En el acto le entregué un cheque.

—¡Pero esto es vergonzoso para nosotros!

—Terriblemente vergonzoso..., si llegase a saberse; pero míster Black es más cauto que vos, querido yerno, y se abstendrá de decir una palabra. Su ridículo le vale un millón de dólares; no temáis que los tire por la boca.

—¡Yo no me atrevería a poner los pies en el club si tal ocurriese! ¡Preferiría morir!

—Os repito que no tengáis cuidado.

—¡Caramba, papá! ¡Qué peso me habéis quitado de encima!... ¿Os quedáis a almorzar?

—Sí, si almorzamos ahora mismo.

Tocó Pedro Eduardo un timbre y apareció un criado, como escapado de una tarta: correctísimo.

—Avise usted a la señora que míster McCleod almuerza con nosotros y que le ruega sea inmediatamente.

—La señora—respondió el criado inclinándose profundamente—ha pedido su coche y acaba de salir.

—¿Sola?

—Sola.

—Pues entonces almorzaremos solos también. Que nos sirvan ahora mismo.

Salió el criado. Pasaron suegro y yerno al

suntuoso comedor. Almorzaron con excelente apetito manjares selectos, vinos exquisitos, tabacos como submarinos, extraños licores del color de las piedras preciosas, aromático café, servido en diminutas tazas japonesas, ingrávidas como plumas... Un dulce sopor, más que de sueño, de ensueños, opalinos como el humo de los cigarros... ¡Grata es la vida!... Míster Black, decididamente, es un cerdo...

Linda hizo su aparición en el comedor, interrumpiendo las dulces meditaciones. Y cual si acabase de oír en claras palabras los turbios pensares, exclamó:

—Y vos, míster Watson, y aun vos, caro papá, dos chiquillos de la escuela... Oí, por casualidad, el principio de vuestra conversación...

—¿Y qué?...

—Y mirando por nuestro honor mucho

más y mejor que vos lo habéis hecho, tomé en el acto mis medidas.

Alisóse con sus manecitas florentinas los revueltos cabellos de oro, sacó de su seno —relicario de nácares—un arrugado papelito y lo arrojó sobre la mesa, exclamando arrogante, vencedora, como Judit lanzaría a los pies de su pueblo la cabeza de Olofernes:

—¡Y ahí tenéis el cheque!

—¡Sois colosal, mistress Watson!—dijo Pedro Eduardo.

—¡Sois verdaderamente hija mía!—añadió míster McCleod, examinando y guardando el liviano papel, que representaba una fortuna.

Y Linda, más que nunca linda, humedeció sus labios en la líquida esmeralda que temblaba en una copa, y dejóse caer, rendida, en un amplio butacón, suspirando adorablemente.

—¡Mis sudores me ha costado!... ¡Pero qué no haré yo por vuestro honor, amado maridito mío!...

—¡Oh, encantadora mujercita mía! ¡Sois un prodigio de candidez y de ingenuidad! ¡Os adoro!...

II

Más que llena, rebosante, continuaba imperando en el cielo del amor la luna de miel de los esposos Watson. La verdad es que Dios, al crear el placer, había estado tan bizarro que "se había excedido a sí mismo". Fuera de aquellos sublimes momentos de cálida intimidad—con sus dulcísimos prólogos, con sus desfallecedores epílogos—, ¿qué era la vida, ni qué valía la vida?...

Como en arquilla hermética de cedro y de oro, de pedrerías y de esmaltes, el Supremo Hacedor había secuestrado el placer entre las ramas del árbol de la Ciencia, ocultándolo a las dos arrogantes criaturas—macho y hembra, hombre y mujer—plasmadas por sus manos. Adán y Eva, sin las caricias de la divina Tentación, continuarían aún en el Paraíso, desde los albores del Mundo, como dos solemnísimos papanatas. Pero Su Majestad la Tentación, revestida de escamas de oro, llegó, rastrera, insidiosa, susurrante, con voz de promesas, y acercándose a la mujer le dijo, envolviéndola en su aliento de pecado:

"¿Para qué te ha dado Dios los ojos, criatura infeliz, si entre todas las inenarrables bellezas de este jardín amenísimo no los recreas en la belleza única, que es el hombre, tu aburrido compañero?... Míralo; ahí lo tienes papando moscas; contémplalo a tu sabor; admira su arrogancia; deléitate examinando su gallardía, la serenidad de su rostro, el fuego de sus ojos, las lumbres de sus labios, la fortaleza de su pecho, la reciedumbre de sus brazos y de sus piernas... Fíjate

en el negro vellón que brota de su pecho y que, como una flecha indicadora del lugar en que se encierra un tesoro, resbala por su vientre y se abre como una flor de misterio sobre sus pubis... Contempla el tesoro mismo, que sin velo alguno se te ofrece. Es digno de Dios; es Dios, que entre oleadas de placer para ti desconocidas creará nuevos dioses que sojuzgarán la Tierra y los mares y los espacios. Es el secreto del Mundo... Acude, necia, acércate a Adán; ofrécele tus labios, impregnados del agridulce zumo de esta poma, que enciende la carne en deseos; vete a él; enlázalo con tus brazos; cíñelo con tus piernas; revuélcate con él sobre los aljofarados céspedes, en la nemorosa quietud de la selva, bajo el palio protector de la fronda; incítalo, enloquécelo, domínalo, poséelo... ¡Y poseerás la ventura suprema!..."

Y ondulante, la esmaltada serpiente se des-

lizó hasta Adán, y repitió sus conjuros de seducción:

"¿Qué haces aquí, triste, viendo cómo corren hacia el Geón los líquidos cristales sobre las guijas de oro? ¿Qué haces aquí, mientras tu pobre compañera arde en vivos deseos cuyas lumbres no pueden apagar estas aguas todas? ¿Para esto te arrancó el Creador la descabalada costilla? ¿Para esto te dió a Eva por copartícipe del Edén?... ¿Pero acaso te has fijado en ella alguna vez, mentecato?... ¿Has visto armonía como la de los divinos arcos de sus caderas, como la de la breve cúpula de su vientre, apenas iniciada, como la de las rotundas de sus senos, cerradas con claves de rubí? ¿En qué pensabas, idiota, que no te has arrobado ante el prodigio de su boca de fresa, de las perlas de sus dientes, de los zafiros de sus ojos y del trazo sutil de sus cejas? ¿Cómo no te has ahogado en la catarata de oro de sus cabellos,

que ondulante y suelta se desborda por sus espaldas y acaricia sus posas macizas, y fustiga amorosa sus muslos, y besa humilde sus calcaños?... Mírala ahora de frente, que viene a ti como la aurora llega a la Tierra. Mírala, augusta en su impudor, con el cáliz de oro rebosante de deleites por ti insospechados. Deslúmbrate, ciega ante el portento de su belleza única... ¿Qué haces, ganso, que no corres a su encuentro? Vuela hacia ella, álzala en el aire con tus brazos fuertes; estréchala contra tu pecho recio, sórbela en ardiente beso de posesión, hinca tus carnes en sus carnes para que se estremezca del placer el mundo, huye con ella al vergel propicio, iníciala en el misterio supremo, poséela y se derrumbarán los muros de la prohibición; come la fruta vedada, y la vida será tuya; la vida será vuestra, porque sólo entonces naceréis a la vida..."

Como Adán y Eva, Pedro Eduardo y Lin-

da, jugando a Paraíso, gustaban y se complacían en adorarse, contemplándose en su espléndida desnudez, libre de toda profanación que atentase a ocultar la más pequeña de sus perfecciones.

Un trasunto del Edén era el suntuoso dormitorio de los enamorados, en el que biombos de rojas lacas, divanes henchidos de policromos almohadones y mil cachivaches de porcelana y de bronce hacían el papel de selva, y cándidas pieles de oso, blandas, mullidas, representaban el de los aljofarados céspedes. La mutua contemplación, el mutuo arrobo, la ardiente persecución y la rendida entrega servían de aperitivo a interminables, a inefables combates de amor, que llenaban la tierra de flores, el ambiente de perfumes y el aire de tintineos de cascabeles de oro. No acababan de admirarse, de *aprenderse* el uno al otro, tan hermosos, tan perfectos, tan pródigos, tan hombre, hombre él; tan mujer,

mujer ella. Difícilmente podría reunirse más completa parejita, amor más ferviente, pujanza más poderosa, juventud más florida, compenetración más grande. ¡Oh, si toda la vida fuera así!...

Y ¿por qué no había de ser así toda la vida?...

.....

Las dos catástrofes se presentaron casi juntas, con un intervalo de horas, en las palpitaciones de dos cables. De París, el primero: "Pedro Eduardo Watson: Ruptura inminente negociaciones. Indispensable su presencia evitar ruina."

Procedía del agente en París de la Casa Watson, Black and Co., y se refería al Consorcio bancario internacional para la explotación de las minas absurdas. Centenares de millones de dólares temblaban en el aire, como gotas de agua de una nube, que un viento puede disipar en vapor y otro puede hacer cuajar en granizo.

La colosal fortuna de los Watson y los Black (minas de lacre), de los McCleod (minas de marfil), de los White (minas de celuloide, de negro de humo, de papel de lija) y de otros tales se hallaban en serio peligro. El peso formidable de los Watson, Black y McCleod, representados por Pedro Eduardo, podría, con la sola presencia de éste, evitar que cuajase el granizo destructor que temblaba en la cargada atmósfera y que las nubes se disipasen en vapores inútiles, obligando a descender sobre sus campos el agua bienhechora y mansa.

—Linda mía—dijo el muchacho a su mujer—, salgo inmediatamente para París.

—Por supuesto, conmigo—respondió ella.

—Por supuesto. Yo no podría vivir sin teneros a mi lado.

—Yo me moriría no estando al vuestro.



Preparativos rápidos; la casa, en conmoción; criados y doncellas que corren alocados, transmitiendo órdenes secas, concisas, como disparos; teléfonos que llaman, *autos* que rezongan, bocinas que rugen... Y el segundo cable que se presenta en escena.

"De San Francisco. Mistress Watson. Mamá, gravísima. Ven inmediatamente."

—¡Mi madre, Pedro Eduardo!

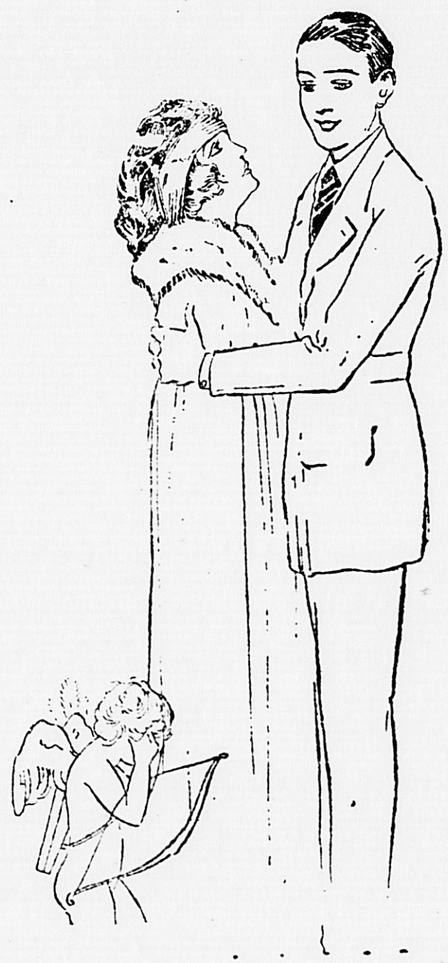
—¡Nuestra fortuna, Linda!

—¡Nuestro amor!...

—¡Nuestro amor!...

Urgía el tiempo. Provisionalmente, rápida avenencia. Pedro Eduardo, a París, a clavar la rueda de la Fortuna. Linda, a San Francisco, acaso a recoger el postrer suspiro de la madre enferma. El amor, haciendo pucheritos y mohines, a lloriquear un poco, y a esperar. Ya se vería luego lo que podría hacerse, consultando el caer de las pesas.

—¡Adiós, míster Watson!



—¡Mistress Watson, adiós!

¡Fú! Una ráfaga del vendaval de la vida. ¡Adiós, Linda! ¡Adiós, Pedro Eduardo!... Los vientos os dispersan, arrebatándoos en sus alas, como livianas semillas de vilano. Los vientos os reunirán.

III

El *Leviathan* zarpaba al anochecer. El *Leviathan* era la última palabra de la ingeniería, del confort y del refinamiento naval. Doscientas mil toneladas de desplazamiento; turbinas múltiples, estabilidad absoluta. Salones amplísimos, comedores regios, camarotes de cuento de hadas; jardines, piscinas de natación, lago para regatas, iglesias de varias confesiones, teatros, paseos, campos de *foot-ball,* estadio para juegos olímpicos, aerodromo, hipodromo con blanda *pelouse* y artísticas tribunas, comunicación constante con el mundo por el *broadcasting* y el selenógrafo... Repicar y andar en la procesión. Un continente flotante. Tres días de nave-

gación para saltar de América a Europa. Diez mil dólares de pasaje...

Tras la comida de gran gala en el suntuoso comedor, digno de un palacio imperial, damas y caballeros paseaban sus galas y su belleza por el jardín de la avenida de la Opera. Aquella noche se cantaría *El Caballero de la Rosa,* la portentosa unión de un libro prodigioso y de una partitura extraordinaria. Pedro Eduardo, absorto en sus meditaciones, intentaba sacudir su aburrimiento, cuando una camarera del vapor, una italiana espléndia, se acercó a él, y, en inglés correctísimo, le dijo:

—Caballero: la mujer más hermosa de a bordo desea comunicaros algo importante. Necesita absolutamente conservar el secreto. La entrevista puede celebrarse en mi camarote. Si aceptáis, no tenéis que hacer más que seguirme, a cierta distancia. Soy embajadora del amor.



—Sois el amor mismo, mujer encantadora —contestó Pedro Eduardo, falto aquella noche de las caricias de Linda y necesitado de ellas, como un morfinómano, de la enervante droga—. Os sigo adondequiera que me llevéis.

Sacó un puñado de billetes del bolsillo de su pantalón, y arrugándolos en su puño intentó pasarlos a la mano de la gentil y hermosísima embajadora. Esta los rechazó, graciosa, y envolviendo al caballero en la llamarada de fuego de sus miradas y en las dulzuras de su sonrisa, le dijo tentadora:

—Gracias, señor; me pagaréis con un beso, que jamás podré alcanzar de otro modo. ¡Más que toda vuestra fortuna vale para mí una sola de esas monedas!...

—Pues prometo enriquecerte con ellas esta misma noche.

Enrojeció la muchacha, y limitóse a contestar:

—Hacedme el honor de seguirme.

Tras ella recorrió Pedro Eduardo el intrincado dédalo del buque. Subieron, bajaron, cruzaron interminables pasillos, salvaron puentes, se enhebraron por tortuosos corredores y dieron, por fin, con un camarote reservado, que no era el de la muchacha, pero que disponía de él por poseer su llave.

—Entrad—le dijo.

Obedeció Pedro Eduardo. No era el compartimiento de los lujosos que él conocía—el suyo, por ejemplo—del monstruoso *Leviathan,* pero estaba bien alhajado. Un saloncito y una alcoba con amplio lecho de matrimonio. No había nadie en ninguna de las dos piezas.

A la interrogante mirada del caballero, respondió la moza indicándole el teléfono que aparecía sobre una mesilla:

—Bastará que yo la llame; sólo mi aviso espera para caer en vuestros brazos.

Pedro Eduardo, excitadillo ya, pasó su

brazo por la cintura de la muchacha, la atrajo hacia sí, y sorbiéndole los carnosos labios con un beso voraz, le dijo:

—Antes caerás tú en los míos, gentil embajadora. Voy a pagarte de un modo que nunca sospechaste tú.

La alzó en vilo y la arrojó, enajenada de pasión, sobre el mullido lecho; y en él le hizo saborear las dulces mieles del placer, en intensa y sensual acometida. La camarerita se retorcía como una salamandra en una hoguera, y floreció una, y dos, y tres veces, al calor de aquellas caricias reservadas para las diosas. La vida entera habría entregado al pródigo caballero en prenda de gratitud.

—Ya sabía yo—dijo la moza, feliz—que erais uno de los hombres más ricos de América. Para mí sois el mayor potentado del Mundo. Y yo, ahora, la mujer más feliz de la Tierra...

Entrególe el alma entera en postrer beso



de reconocimiento, arregló sus ropas, se compuso el cabello y tomó el teléfono de la mesita. Cambió con alguien breves palabras, y recobrando su humilde papel de mujer, la que acababa de morar como diosa en el Olimpo, saludó y fuése, diciendo a su glorificador:

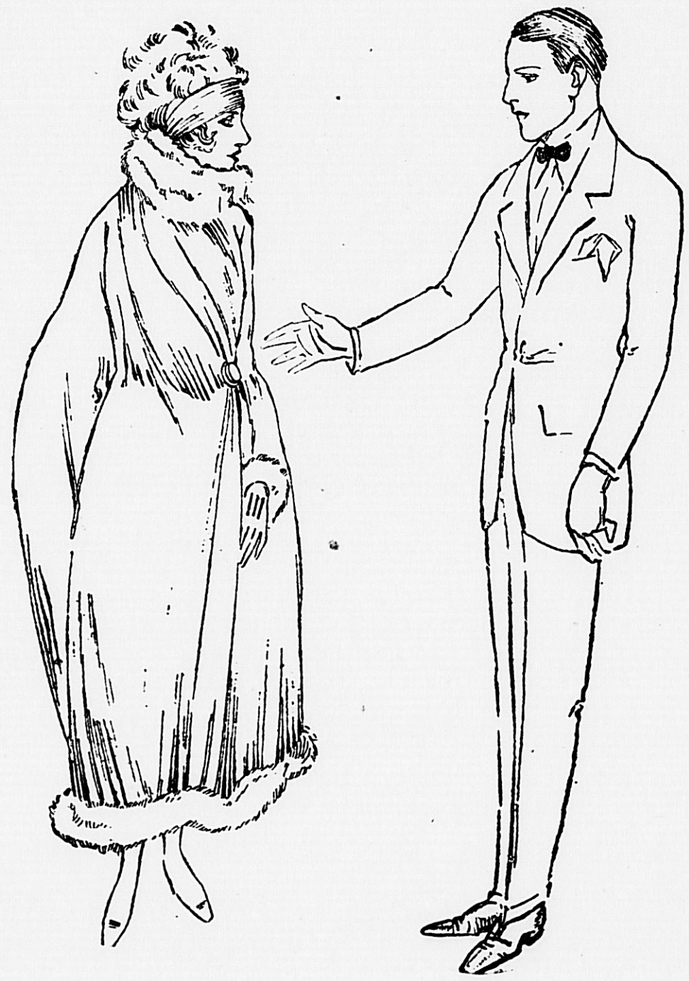
—¡Adiós para toda la vida, para toda la eternidad, que valen menos que los divinos instantes que me habéis hecho pasar a vuestro lado! ¡Que Dios os lo pague, ya que, como El, habéis hecho que salga también el sol para las pobres bestezuelas!... *Ella* no tardará en llegar.

Aprovechó Pedro Eduardo los breves momentos de su soledad para reponerse y para elevar también al cielo, envuelta en las azulinas espirales de humo de su tabaco, su correspondiente acción de gracias por haberle proporcionado la doble aventura, cuya primera parte había saboreado ya. La pizpireta

italiana, tan apetitosa, tan ardiente, tan diestra, sabía su obligación. Como ella misma se había calificado, era una bestezuela, una cálida bestia de placer, un sabroso plato fuerte, un tanto plebeyo, sabrosísimo para los paladares acostumbrados a delicadas golosinas y quintaesenciados condimentos. Un oloroso pedazo de pan moreno, calentito, perfumado con recios aromas campestres. Un gran entremés y un acuciador aperitivo. Pedro Eduardo se sentía en voz. Ni Caruso.

No tardó, en efecto, en presentarse la incógnita.

Envuelta en una estupenda capa de pieles, cubierta de gasas y de rasos, cargada de joyas, presentóse ante él una mujer que era un alarido de la lujuria y un desgarrón de la gloria. Morena, de negros ojos y negrísimos cabellos, de boca de fuego, de abultados senos y redondos brazos, llegaba jadeante, presurosa, temiendo malgastar en retrasos im-



béciles uno solo de los instantes debidos a más altos empeños.

Tras ella, cautelosa, cerró la puerta, con doble vuelta de llave.

Pedro Eduardo, deslumbrado por aquel portento de belleza, se puso en pie. Todo él se puso en pie. En pie de guerra.

Ella dejó caer al suelo los armiños de su manto imperial y, sin rodeo ni preámbulo alguno, comenzó:

—Míster Watson: no hay tiempo que perder. Os conozco y os deseo. Soy una mujer, una mujer que os ama y que quiere ser vuestra. Poseo este camarote y tres horas. Al final de ellas he de estar junto a mi marido. ¿A qué más explicaciones? Aprovechemos los instantes, como los he aprovechado yo para buscaros. Sin mi iniciativa, entre las mil mujeres del pasaje, acaso nunca os hubierais fijado en mí. Y yo, desde que os conocí, os deseo. Aquí me tenéis, saltando por



todo, y, sobre todo, sólo para ser vuestra. Tomadme.

—¿Tomadme?— repitió Pedro Eduardo enloquecido—. ¡Arrebatadme, trituradme, sorbedme, es lo que habéis de decir, señora, la más hermosa y la más deseable de todas las mujeres del orbe!... ¿Cómo no os han descubierto mis ojos como estrella mayor de la constelación que nos rodea? ¡Seguramente no os he visto en mi vida!...

—Sí; me habéis visto, pero no me habéis mirado. Soy la nueva esposa de míster Black, divorciado recientemente. Me lleva a Londres con mis padres, mientras él, de incógnito, marcha a París, con propósito de vigilaros. Es avaro y teme por sus intereses...

—Y abandona el supremo interés, que sois vos, mistress Black, mujer encantadora, por quien pueden ser arriesgadas y perdidas todas las fortunas del mundo.

Acercóse Pedro Eduardo a la hermosa, y

ésta, radiante de belleza y abrasada en eróticos fuegos, se arrojó en sus brazos.

Sabiamente, entre un diluvio de besos y de ardientes caricias, el real mozo fué despojando de sus ropas a la imperial moza. Mas, sabiamente, ella, previsora y práctica, se había vestido de modo que, al caer al suelo el fastuoso traje de sarao que la cubría a medias, quedó poco menos que desnuda, con un palmo de camisita de negro tul, transparente, y unos pantaloncitos del mismo tejido, que eran un pretexto para una catarata de finísimos encajes y de lazos vaporosos. A través de los tenues cendales foscos se acusaban, rosadas, las opulentas carnes de la hermosa, su vientre de raso, los ásperos céspedes del jardín de Venus, los muslos recios, cuya curva exterior era un divino paréntesis en que se cobijaba y se escondía el sésamo guardador del más codiciado tesoro. Negras también las tensas medias, de finísima

seda, mostraban en todo su arrogante esplendor las torneadas pantorrillas, los breves tobillos y el empinado empeine de los pies, cautivos en zapatitos de oro... Un sueño...

Las tres horas fueron tres minutos para los venturosos amantes, apadrinados por la ocasión. Pedro Eduardo se portó como quien era: pródigo, espléndido, sabio, un poquitín perverso también, ejecutando, pícaro, los más intrincados y más enloquecedores números de su variado repertorio, como un experto juglar de amor, como un hábil excéntrico del placer, y, siempre, como un soberano artista consumado.

Mistress Black, por una sola de aquellas caricias inefables, habría dado cien toneladas de la bestial—y ya un tanto decadente—vulgaridad de su marido.

—Míster Watson—dijo a Pedro Eduardo la enajenada señora—, más que lo que me debo a mí, sé lo que os debéis a vos. No

quiero comprometeros; pero al más pequeño deseo vuestro, como el mandarín a quien el repiqueteo de un timbre mató a distancia, esté donde esté y suceda lo que suceda, volaré a vuestros brazos en cuanto agitéis la campanilla de oro y de diamantes de vuestras llamadas. Me habéis enloquecido. Con todos los tesoros del Mundo, con toda la sangre de mis venas, con todos los besos de mi boca y con toda la carne de mi cuerpo no podré pagaros la felicidad que me habéis otorgado esta noche, eternamente inolvidable. ¡Sois único, míster Watson! ¡Bendita, entre todas las mujeres de la Tierra, Linda, vuestra afortunadísima esposa!...

Un poco le remordió la conciencia a Pedro Eduardo la doble—y múltiple—mala pasada que acababa de jugar a su mujercita; pero pensó que, en materia de amor, la prodigalidad es una virtud que sólo pueden practicar los bienaventurados... Además, ¡había

sido tan feliz aquella noche! Otro además: ¡había hecho tan felices a aquellas dos pobres y riquísimas mujeres! Y otro además aún: estrujando hasta el placer del dolor, entre sus brazos, a mistress Black, la mujer del viejo avaro, desflorador brutal de la suya, que más tarde volvió a poseerla, *aceptándola,* para el rescate del cheque famoso, libelo divulgador del ridículo de los Watson y de los McCleod, ¿no saboreaba también un quintaesenciado deleite de desquite, de venganza, de triunfo, de superioridad en todos los terrenos? ¡Placer de dioses!...

Los mares se apartaban ante la proa del *Leviathan,* para tender al paso del vencedor los encajes de sus espumas. Fosforecían las aguas. En las altas antenas, los vientos cantaban sus más tiernos epitalamios. Poco faltó para que, ensalzando una nueva Pascua, roncasen solas las sirenas del barco. Tritones y ondinas, haciendo sonar sus múrices

de nácar y de oro, cabrilleaban en el ancho camino de la reidora estela, iluminados por los rayos de la Luna. Es el placer que pasa...

.....

No pudo volver a repetirse la escena. A mistress Black, si no la Tierra, debieron tragársela las aguas. No apareció jamás por parte alguna. Seguramente, ella y su marido viajaban con nombre supuesto. *No míster Black* en el *Leviathan* entero. Y *no míster Black* y *no mistress Black* al volcar el formidable navío sus entrañas en Europa. ¡Humo, sombra, sueño!...

En la Aduana, un gendarme precioso, al registrar a míster Watson, pasó con delectación y con mimo su enguantada y experta mano por ciertos abultamientos de la región femoral izquierda del mozo opulento. Pedro Eduardo sintió por vez primera un cosquilleo extraño, que más que al placer se aproximaba al dolor.

—¿Todo natural?—interrogóle el del tacto.

—Para servir a usted—le contestó el viajero.

—¡Ay!—exclamó el otro, lanzando un suspiro que hizo temblar a media Europa...

Pedro Eduardo, con la siniestra mano sepultada en el bolsillo del pantalón, procedió a un suave manutigio, continuación del iniciado por el sensible agente. Y de nuevo experimentó la misma sensación, más que placentera, dolorosa. Un escarabajeo, un escozorcillo íntimo, inexplicable, inusitado...

—Los excesillos del viaje—pensó—. Necesitaré un poco de reposo.

Durante la travesía toda, Pedro Eduardo no había cesado de hablar con Linda, mientras ésta cruzaba el continente, camino de San Francisco, a bordo del gigantesco dirigible *Lafayette*, y desde su casa de la capital de California luego. Habíanse contemplado

también breves instantes merced al selenógrafo; los precisos para cambiar un beso y repetirse el eterno "No me olvides".

Mistress McCleod, madre de Linda, continuaba grave; la cosa iba para largo. Habría que tener paciencia. Y el asunto del Consorcio bancario no iba tampoco para más corto. Paciencia había que tener.

IV

A los pocos días de hallarse en París, Pedro Eduardo se sintió enfermo. Un malestar inexplicable, un abandono, unos fugaces escalofríos, algo de fiebre... El misterioso picorcillo aquél, que no desaparecía, sin acabar de manifestarse con decisión... ¿Qué diablos podría ser aquello?...

Y una mañana, tras una noche agitada y febril, al ponerse en pie notó un peso extraordinario en las regiones nobles, algo que parecía tirar de su vientre... Y al tratar de examinarse, se encontró con una trucha asalmonada entre las manos. ¡Diantre!... ¿De dónde salía aquel fagot, lleno de rosados

círculos, que parecían indicar el lugar de colocación de los dedos para la ejecución de una lúbrica sonata? Pedro Eduardo tembló de miedo, de espanto horrible ante el arcano. Inmediatamente llamó al mejor especialista de París.

Era éste un verdadero sabio, hombre anciano ya, para quien los miembros de la Ville Lumière no conservaban secretos. Conocíalos todos dedo a dedo, ya que, por falta de primeras materias, no pudiera ser ello palmo a palmo. Adorador ferviente de la Naturaleza madre, miraba a sus pobres clientes como gloriosos heridos en los supremos combates de la vida, y los trataba con paternal afecto y con casi maternales mimos. Un enfermito de aquella clase le interesaba mil veces más que una legión de cardíacos o de artríticos. Sus enfermitos—hombres o mujeres—eran una especie de niños, necesitados de todos los cuidados. Eran la infancia, lo

porvenir, las tierras vírgenes, ávidas de preñez y de goces de fecundación. Eran algo sagrado; lo demás, vulgaridades, residuos, escorias, que no le interesaban.

Ante el diploma de masculinidad de Pedro Eduardo, al que no le faltaban las bulas de garantía, el doctorcito se quedó extático, mudo de admiración, primero; de dolor, después. Pocas veces, acaso ninguna vez, había contemplado el sabio profesor ejecutoria de tal calibre. Sin monstruosidad alguna, dentro de una perfecta armonía de líneas, de solidez, de magnificencia, se manifestaba una opulencia digna de los efebos de Miguel Angel. Un ejemplar, acaso único. Un tesoro de virilidad nunca visto. Mas ¡en qué estado! ¿Cómo había caído al fangal aquella perla, a merced de las hozaduras de los cerdos; aquella preciosa margarita que sólo en la corona de una diosa debía ser engarzada, para más honrarla y engrandecerla?... ¿Qué locura,

qué crimen de abandono, de desconocimiento del propio valer, de dejación de sus altísimos derechos, había cometido aquel muchacho que sólo el Olimpo debería de tener por morada? Júpiter descendió a Leda, se derramó sobre Danae, pero jamás se enfangó poseyendo a Mesalina. ¿Desde cuándo los dioses frecuentaban los prostíbulos? ¡Horrendo sacrilegio!...

Al sentimental doctor se le escapó una lágrima. Parecía un sabio arqueólogo llorando la profanación por manos bárbaras de una intasable joya de vieja orfebrería, rica en gemas y en esmaltes, en cincelados finísimos, en magistrales repujados, violada por la ignorancia y por la avaricia, y convertida en un resto informe, inservible, casi despreciable.

—¿Qué ha hecho usted, hijo mío? ¿Qué ha hecho usted, desventurado?—suspiró el doctor, presa del más grande de los desconsuelos.

—¡Por Dios, señor!—exclamó Pedro Eduardo—. ¡No me asuste usted! ¿Qué quiere usted decir con esa pregunta?

—Es usted víctima del nuevo morbo, de una enfermedad hasta hoy desconocida, de la *pulchra vesubia subtilis*... ¿Ha sostenido usted relaciones amorosas con alguna napolitana?

—¿Napolitana?... No recuerdo... Yo soy casado, señor, y...

—¿Casado?... ¿Ha dicho usted casado?... ¿Es napolitana su esposa de usted?

—No es napolitana; es americana, como yo, como toda nuestra familia...

—Quiero hacer a esa digna dama la justicia de una austera virtud y de una absoluta fidelidad...

—Le respondo a usted de ello.

—Y de usted, ¿quién me responde? ¡Usted ha pecado!

—Sí, lo reconozco y lo confieso: he peca-

do, pero una sola noche, y con otra dama de mi país...

—¿Nada más?...

—Nada más... ¡Ah! Sí—añadió, interrumpiéndose—. ¡La noche misma, y con una italiana! ¡Ahora lo recuerdo!

—¡Si era indudable!... Así como el mal gálico se llamó también napolitano, este nuevo mal ha comenzado a manifestarse en las ardientes hijas del Vesubio, y se va extendiendo, extendiendo, amenazando con llegar a ser el mayor azote de la Humanidad... ¡Qué dolor tan grande!

—Pero, doctor, ¿tan grave es la cosa?

—¡No diga usted tan grave *es!* ¡Diga usted tan grave *está!* ¡Pobre muchacho! ¡Pobre y desventurado arrogante mozo! ¡Y casado, Dios mío!... ¿Ve usted esto, esto, que acaso no se detuvo usted nunca a considerar que debía ser el objeto de su mayor orgullo, por lo que usted podía contarse entre los po-

tentados de la Tierra y junto a lo cual todos los millones de usted son guijarros despreciables?...

—Sí. Por Dios, ¡acabe usted!... ¡Me está usted matando!...

—Aun no: lo preparo tan sólo. Pues esto, amigo mío, inútil y manco amigo mío, seguirá el rumbo de la forma poética...

—No comprendo...

—¡Está llamado a desaparecer!

—¡Misericordia divina!... ¡Usted se chancea, doctor! ¡Usted se burla!... ¡No se juega con estas cosas!...

—Nunca me ha gustado jugar con ellas. Desgraciadamente para usted, digo la verdad. ¡La triste y escueta verdad!... Se queda usted sin esto como se habrá quedado sin abuelo...

Pedro Eduardo estuvo a punto de desvanecerse. ¿Qué crueles desatinos decía aquel hombre?...

¡Ay! ¡Aquel hombre, como él mismo había asegurado, decía la verdad monda y lironda! Monda, sobre todo...

—¿Usted ve esto—continuó el doctor—, tan pulcro, tan corriente, al parecer, con sólo estos carminosos roeles, que le dan cierta semejanza con una flauta? ¡Pues mañana será un saxofón, que para cada uno de sus agujeros necesitará una llave!

—¡Todo eso es música!

—Ya me lo dirá usted cuando se vea con la batuta en la mano. Llame usted a consulta a los más afamados doctores de Francia, de Europa, del Mundo; pero hágalo usted pronto, si se decide a conservar sus atributos de hombre, y con ellos cuanto distingue a los machos cojudos de los eunucos desventurados. Perderá usted el cetro de su soberanía; pero el cetro nada más, si aprovecha usted el tiempo; los escasos instantes que para elegir le quedan. Si dilata usted su re-

solución, perderá usted el santo y la limosna. Aun puede usted ser hombre, aun hallará usted compensaciones gratas, que endulcen su amargada vida. De no seguir mi consejo...

—¿Moriré?

—No, no morirá usted. Se *secará* usted, nada más. ¿Conoce usted esa planta nociva que se llama vulgarmente *fraile?* Es un parásito de las habas, que en ellas vive hasta que el haba muere. Este mal mata no solamente el haba, sino sus raíces más profundas. ¡Pierda usted el haba! ¡Créame usted a mí!...

—Pero, doctor de los Infiernos, ¡esto es asesinarme!

—Esto es salvarlo a usted y dejarle medios para que pueda seguir disfrutando aún de la vida. Tiene usted todo el día de hoy para reflexionar. Quedo a sus órdenes.

Abrumado por la horrenda amenaza, que-

dó el pobre muchacho en las fronteras de la desesperación. Aquello era horrible. Preferiría morir a someterse a la amputación anuladora. ¡Morir! ¡Qué pronto se dice morir! ¿Quién se resigna a morir tan joven, tan rico, tan fuerte, tan lleno de energías?... Además, la operación, según el sabio especialista, acudiendo a tiempo, no era anuladora en absoluto. Perdería el cetro, perdería la corona; sería un monarca destronado, pero *continuaría* siendo hombre... Y de hombre le quedaba aún un *stock* formidable... ¿Y Linda?... ¿Y su mujer?... ¿Qué pensaría de ello su mujer?... La amputada sería ella... Claro está que su amputación es de las que retoñan en cualquier huerto vecino, en cualquier amigo complaciente... Pero esto—y está más claro aún—tampoco podía tolerarlo él... ¡Maldita camarera de los demonios! ¡Maldita bestezuela, bestia apocalíptica, con su simbólico 606 en la palma de

las manos. ¡606! ¡Ni el mismísimo 606 profético le serviría a Pedro Eduardo para librarse de sus iras!...

Aquella misma noche, en el suntuoso salón reservado en el Grand Hôtel para míster Watson, celebraron consulta todas las eminencias médicas de París.

El acuerdo fué unánime: amputación o anulación. No había término medio; ni siquiera dos deditos de concesión graciosa y compasiva. El regio edificio, la famosa torre, caería por su base. No se salvaría de ella más que los cimientos.

El consuelo no negó sus favores al desventurado muchacho. El profesor von der Vogel, de Berlín, el mago de la prótesis, realizaría después en él un prodigio de sustitución, que engañaría a cualquiera, ¡ay!, menos al propio interesado. En España había practicado operaciones portentosas, colocando cerebros de serrín de corcho a numerosos políticos que ya antes pensaban como alcornoques. Nadie notó lo suplantación, y aun los interesados mismos apenas si se dieron cuenta del cambio.

Pedro Eduardo, ante la amenaza horrible de perderlo todo, se decidió a sacrificar una de las partes.

Y, como el chino operador de "El Jardín de los Suplicios", el hábil cirujano hizo de un hombre una mujer, o punto menos; dos puntos menos; dos puntos suspensivos que, a ser de bronce, podrían pender del vientre del caballo de Felipe IV, sin menoscabo de la velazqueña estatua.

¡Pobrecita Linda! ¡Bueno le han dejado a tu don Lindo!...

V

El profesor von der Vogel era, efectivamente, un mago de la Mecánica. Su inmenso laboratorio de Berlín estaba siempre lleno de gentes descabaladas, que acudían, en romería interminable, al sabio doctor en demanda de un remiendo que substituyese a la parte amputada o desprendida. Sus piernas y sus brazos eran célebres en el Mundo entero. Von der Vogel era el hombre de la post-guerra; un bienhechor de la doliente Humanidad. Reponer costillas, trozos de maxilar, fragmentos de cráneo, manos y pies, era para él cosa de juego. Sus pies jugaban al fútbol; sus manos, excepto alargarse para dar, realiza-



ban todos los movimientos necesarios, para coger sobre todo. El las tituló "manos de fraile". Pero además de estos gruesos remiendos, que él llamaba de carpintería de armar, realizaba finos trabajos asombrosos. Ojos de porcelana, con sus ocho combinados movimientos, que para sí los quisiera un jefe de Policía; lenguas de caucho, blandas y flexibles, número 69 de su catálogo, que habían causado furor entre las hembras caprichosas y exquisitamente perversas; *consolatrix aflictorum* enloquecedores, de una aceptación loca en el mercado; el *capicúa,* especialmente, que lo mismo servía para un fregado que para un barrido, y que era febrilmente demandado por artistas de uno o de otro sexo; y otra infinidad de suplementos y de complementos, que eran otros tantos paños de lágrimas de la manca Humanidad.

Pedro Eduardo, por consejo de su operador, acudió a von der Vogel, y le expuso su

lastimosísimo caso. ¡Qué dolor de aparato, al que faltaba la más esencial de sus piezas!

El gran mecánico era un ferviente adorador de la belleza, y en presencia de aquellos augustos restos, hermosos como un torso de Fidias, decapitado y manco, pero ungido aún por la belleza suprema, acarició emocionado las suaves curvas turgentes, tomó la cosa por suya y demostró el mayor interés en restaurar aquella maravillosa obra de arte, mutilada por bárbaras manos.

Cuando supo que míster Watson era casado, sonrió, enigmático, y dijo, alentador:

—Discreción y secreto absolutos. Lo demás corre de mi cuenta. Vuelva usted dentro de ocho días.

Al cumplirse el plazo de aquella nueva Epifanía, pascua de presentación, Pedro Eduardo se quedó atónito.

El profesor von der Vogel puso ante sus asombrados ojos la más hermosa pieza que

había salido de sus manos, de aquellas manos brujas, que la acariciaban con fruición, con deleite, como a algo muy querido, muy amado.

Era una perfectísima reproducción de un cetro viril, que en la Roma decadente y en la India misteriosa habría recibido el culto reservado a los dioses.

Plasmado con arreglo a minuciosa escala, resultaba imponente; pero Pedro Eduardo declaró leal que no era más pequeño el difunto. Exigencias de las matemáticas. Pendían del novísimo aparato dos cordoncitos flexibles, terminados en dos botoncitos, que, a modo de ventosas, podrían fijarse donde fuere menester por medio del vacío, como el morrito de una sanguijuela. La maravillosa prótesis estaba construída con una substancia especial, semirrígida, gelatinosa, blanda, que, por medio de una ligera presión sabiamente dispuesta, adquiría una rigidez y un

aumento de volumen aterradores. Todo ello dependía de los dos botoncitos misteriosos, revestidos de una capa radioactiva, que transmitían su energía al aparato por medio de los dos flexibles conductores. A su influjo, animábase la inerte materia, se hispía, se congestionaba y se ponía, en fin, de un modo, como para apresurarse a ganar un burladero y a acogerse a la invulnerabilidad de una tapia. Imponente.

—Pues aun falta lo más extraordinario —dijo von der Vogel a míster Watson—. Esto, que por sí solo, como usted ve, da la sensación visual de la realidad, la da también tactil. Toque usted sin recelo y sin rubor, como si se tratase de un complaciente amigo... La rigidez no excluye por completo la ternura; en cierto modo, esto conserva suavidades y blanduras de goma; su temperatura aumenta por medio de una corriente térmica iniciada, desarrollada y sostenida por

el roce, y—¡éste es mi postrer y abracadabrante invento!—el líquido previamente depositado en su interior—y tiene capacidad para varias descargas—surge por el orificio capital, despedido con fuerza, como una aspersión consoladora. Todo ello es automático, estudiado concienzudamente del natural, y fidelísimamente reproducido.

Pedro Eduardo creía ver visiones. Aquel diablo de alemán era verdaderamente el Demonio.

—Como usted ve—añadió el mago—, esto se coloca en el sitio indicado, por presión. No hay temor de que falle ni de que se caiga, mientras usted no lo desee, oprimiendo este resorte... Lo mejor será que presencie usted una prueba de su funcionamiento.

Tocó un timbre, y aparecieron dos muchachas hermosísimas, cubiertas con grandes mandiles blancos.

—¡Pruebas!—dijo secamente el profesor.



Desnudáronse las auxiliares con la misma indiferencia que habrían empleado en revestirse para oficiar en las prácticas de algún rito secreto. Quedaron completamente despojadas de toda ropa, castamente, soberbiamente al natural. Morena era una de ellas, abundantemente guarnecida de azabaches, impulsiva, acometedora; rubia y blanca como la nieve era su compañera, adamasquinada de oro, pasiva, obediente. Dos deslumbrantes ejemplares de mujer, carne y pescado, que invitaban a arrebatadoras promiscuaciones.

—Antes de comenzar—añadió el mago—he de enseñar a usted el modo de cargar la pieza. Vea usted. Valiéndome de una jeringuilla, inyecto por este orificio un líquido ligeramente aglutinante, cualquiera. Por más asequible y por fueros de similitud, yo empleo la leche condensada de Holanda. Se halla en todos los colmados... Así... ¿Ve usted? La valvulita de acceso se cierra auto-

máticamente... Ahora se fija el aparato... He elegido una muchacha para practicante porque, como usted comprenderá, esto no puede adaptarse a ningún hombre. Hallaríamos para ello insuperables obstáculos...

A una seña del director acercóse la hermosa morena, y en el acto quedó transformada en un inquietante efebo, hermafrodita, mejor provisto que el de la estatua clásica.

La venus rubia saltó al banco de pruebas: una yacija un poco más amplia que una cama de operaciones, y en ella esperó la acometida de su compañera. Comenzó el frenético combate, el paradójico combate, en que las luchadoras, enardecidas por momentos, labraban un plato exquisito: el calificado de *maravilla* por el fabulista insigne, refiriéndose a lo que "otro, después, inventó"; plato preparado precisamente con lo único de que carecían las lindas cocineras; con lo único que aun le quedaba, y abundantemente, a míster

Watson, y que nadie había osado demandarle.

Entre chillidos y rezonguidos de placer de las expertas operadoras, que tomaron su papel perfectamente en serio, se consumó la pintoresca prueba. El aparato funcionó admirablemente, audaz en el ataque, vigoroso en la lucha, pródigo en la irrigación, anulador, abrumador, desfallecedor en sus efectos. Un éxito loco.

Mientras las fatigadas luchadoras pasaban al baño, Pedro Eduardo, que se había desplomado en un sillón, comprendió que necesitaba un baño también. Había pasado un rato horrible y delicioso. Aun podía mirar de cara a la vida.

¡Bendito mil veces von der Vogel, consolador de afligidos y enderezador de entuertos!

—Le he construído a usted dos—dijo el alemán al americano—, por lo que pudiese tronar.

—*All right!*—contestó éste—. Por ahora quedo satisfechísimo. Lo probaré esta misma noche.

—Cuidado con lo que se hace...

—No; me han presentado anoche a un lindo suboficial, que será feliz prestándose a la prueba... Cuando se inició estuve a punto de matarlo. Ahora me alegro de no haberlo hecho.

—Yo le adelanto a usted su eterna gratitud.

—¿Cuánto le debo, señor?

—Doscientos mil millones de marcos...

—Tome usted. Con el resto sírvase usted gratificar a esas encantadoras muchachas.

Pedro Eduardo entregó un duro.

Creso.

VI

Cómo chiquillo con zapatos nuevos salió míster Watson de Berlín, camino de Hamburgo y de su casa.

Su horrenda mutilación había sido remendada lo mejor posible. Discreción y secreto, le había recomendado el hábil restaurador: ésta era la clave final del éxito... Del éxito... y de la farsa, de la inicua farsa de que iba a ser víctima la pobre Linda, tan cariñosa, tan buena, tan amante de la belleza plástica, tan celosa admiradora de las formas. ¡De las formas! ¡Precisamente de las formas!... ¡Ahora sí que habría que guardar las formas, púdicamente, recatadamente, como una

virgen sorprendida en el baño por los ojos lascivos de viejos concupiscentes!... ¡Adiós gratas, inolvidables sesiones de cálido erotismo, de mutua e insaciable contemplación, de adoración recíproca, incentivos picantes de absorbentes batallas de amor, aperitivos del divino banquete, acicates del deseo, preludios de la más inspirada de las sinfonías, anticipos graciosos del más codiciado de los premios y de la más completa de las conquistas! ¡Adiós sabrosos escarceos por las márgenes floridas del placer, orladas de lirios y de rosas! ¡Adiós belleza alada de sátiros y de ninfas, dispersos por bosquecillos de laureles! ¡Sólo queda el bode rijoso y repugnante, que se perfuma con pestilencias meándose en la cara!... ¡Adiós poesía! ¡Adiós verdad! ¡Sólo quedan la prosa y el fraude!... ¡Y menos mal si el Demonio, que todo lo añasca, no tira de la manta un día y se descubre el pastel!...

Discreción y secreto.

Habría que guardar las formas...

***

Tembloroso de emoción, cohibido por el espanto, Pedro Eduardo arrostró los riesgos mortales de la primera prueba. De la primera prueba con su mujercita, de la solemne primera representación de la farsa erótica, pues el ensayo general, con todo, verificado con el bello suboficialito, había tenido un éxito formidable. El pollo no se hartaba de solicitar el reenganche, creyéndose ya un futuro César conquistador del Mundo, de espaldas a Mitrídates.

Pedro Eduardo, antes de acercarse al ara, cargó secretamente su aparato, colocando en la cavidad indicada la flúida crema de una lata de "La Lechera", según le había recomendado el constructor alemán. Se adaptó la

pieza, la maravillosa prótesis; pasóse los flexibles cordoncillos por entre los glúteos, y fijó los botoncillos radioactivos sobre los riñones. Se armó hasta los dientes.

Su hermosa mujercita, hambrienta con hambres de dos meses, que era el tiempo que míster Watson había invertido en su viaje, era una mezcla explosiva pronta a estallar con el leve roce de una pluma.

La tarea de Pedro Eduardo fué, pues, muy fácil. No se descubrió la superchería.

—¡Venís espléndido, míster Watson!—le dijo, entre suspiros de satisfacción, su complacida esposa—. ¡Casi me atrevería a asegurar que durante el viaje habéis ganado mucho!...

—Es que me miráis con buenos ojos, encantadora mistress Watson—respondió, galante y correctamente, el restaurado esposo.

—Miraros, no; que nada me habéis dejado ver aún... Y es una crueldad no permi-

tir que la vista participe de este banquete, digno de Lúculo.

—*Improper!* — apresuróse a sentenciar Pedro Eduardo—. Conversaciones sostenidas durante mi estancia en Europa con un pastor puritano me han demostrado lo grosero, lo abyecto, lo pecaminoso, de nuestras antiguas expansiones. Nuestras almas, al sublimar nuestros cuerpos con nuestra torpe adoración, se sumían en un fangal de pestilencia. Más que hijos de Dios, éramos esclavos de la inmunda Bestia de la carne; siervos del Infierno... Vos, mistress Watson, tenéis el talento suficiente para comprenderlo así..., y para rectificar...

—Rectificaremos, míster Watson... ¡Pero era tan divertido!

—El placer no es inseparable del pecado.

—Pero el pecado es el gran aliciente del placer... Pecar es rebelarse contra lo vedado, contra lo prohibido... No me negaréis que esto es seductor y atrayente...

—Sí, pero peligroso. Absortos por las exigencias morbosas de nuestros cuerpos, olvidamos los fueros de nuestras almas... Esto, mistress Watson, la carne, es caduca y perecedera; esto, ¡ay!, "como la forma poética, está llamado a desaparecer"... ¡Me lo ha asegurado un sabio!

—¡No lo permita el Cielo!—exclamó mistress Watson, intentando apoderarse, para defenderla de la anunciada desaparición, de la parte amenazada.

—¡Tocarme, no!—prohibió enérgico su marido.

—¿Ni aun tocaros tampoco?...

—¡Tampoco, porque también es pecado!...

—¡Es horrible esto!

—Es prudente. Es apartarnos del Infierno para acercarnos a la Gloria... Venid, mistress Watson; yo sabré conduciros a ella nuevamente...

—¡Sois... egregio!...

¡Uf! ¡Gracias a Dios!

Como unas sedas.

Pedro Eduardo, ahuyentada la tormenta, pudo, al fin, respirar tranquilo. Tranquilo y satisfecho, pues su espíritu, reconocido, supo llenar y suplir todas las deficiencias de su carne.

¡Bendito una vez más seáis, sapientísimo y habilísimo von der Vogel! ¡Os prometo colocar una pieza de cera, como exvoto, sobre vuestra tumba!...

En uno de los entreactos—ilimitados ya en número mientras hubiese latas en la despensa—Linda se quedó meditabunda.

—¿Qué tenéis, querida mía?—le preguntó su marido—. ¿Por ventura no estáis satisfecha?...

—¡Oh! ¡Sí, sí, complaciente míster Watson!—respondió la estatuilla de nácar y de oro—. Pensaba en algo que a entrambos puede consolarnos mucho de las amarguras de

este sacrificio que desde hoy nos imponemos. Hay quien ni aun deseando faltar a él, podría hacerlo... por ausencia de materia que contemplar...

Pedro Eduardo se estremeció.

—¿Qué queréis decir con eso, mistress Watson?

—Que hay alguien muchísimo más desgraciado que nosotros, más desgraciada que yo.

—No os comprendo...

—Mistress Black... ¿No sabéis?... La nueva mistress Black...

—¿Nueva? ¿De cuánto tiempo?

—¡Oh! ¡Sois verdaderamente gracioso!... Nueva, de tres meses acá. Míster Black se divorció y contrajo segundas nupcias con una mujer deliciosa.

—¡Deliciosa!...

—¿La conocéis?

—Menos que desconocerla. ¡La ignoro!

—Pues bien; la pobre mistress Black, aunque quiera, no podrá jamás contemplar lo que yo no contemplo por abstención voluntaria... Porque el infortunado míster Black, al mes escaso de salir vos para Europa, cayó víctima de una enfermedad desconocida... ¡y horrible!...

—¿Qué decís, mistress Watson?

—¡Horrible, amigo mío!... Un morbo nuevo, de origen napolitano, según dijeron los especialistas... Y aunque el desventurado jura y perjura que no otra mujer que la suya ha caído en sus brazos, el caso es que míster Black... ¡ha perdido cuanto poseía!...

—¿Arruinado?

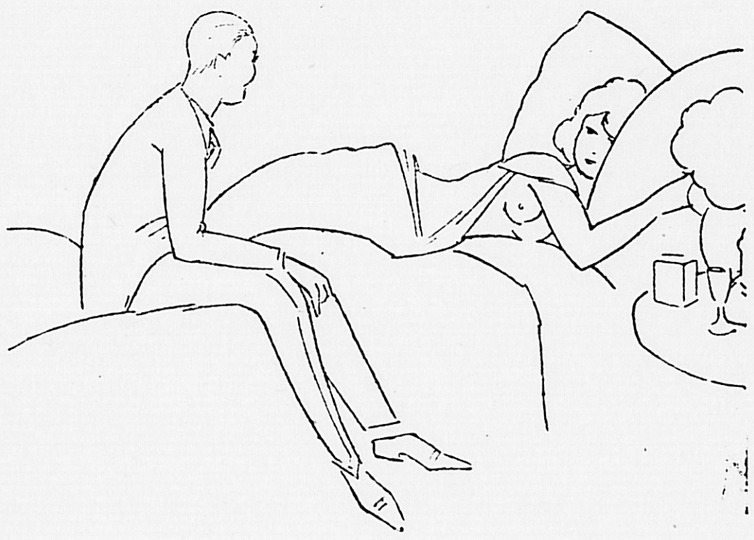
—Comprendedme... Es duro de explicar... Hoy, míster Black y mistress Black son casi iguales... ¡Una cruenta y radical amputación ha dejado a mi violador más liso que una tabla!... ¡Lo ha perdido todo!...

—¿Todo?

—¡Todo!...

Pedro Eduardo se estremeció de horror, y rápidamente reconstituyó el morboso proceso. De la italianita, a él; de él, inmediatamente, a mistress Black, la de la cálida ofrenda; de ella, a su esposo... Era para soltar la carcajada, no tanto por alegría del mal ajeno como por la del menor mal propio... ¡Caray! Entre el Destino y él bien se habían vengado del viejo lúbrico... Pedro Eduardo lanzó por fin una carcajada homérica.

—¡Tiene gracia!—exclamó—. ¡Esto, mistress Watson, tiene verdaderamente una atrocidad de gracia!...



VII

Lo que no tuvo tanta, ni muchísimo menos, fué lo que aconteció más tarde. Más tarde quiere decir algunos meses después.

Linda, aun dentro de su nuevo puritanismo, era la más feliz de las mujeres.

Equivocándose sólo a medias, solía decir a sus amigas:

—No sé lo que le ha ocurrido a mi marido durante su viaje. Ha vuelto que parece una ursulina.

Claro está que esto era un decir, pues para el gato las ursulinas como él; y claro es, igualmente, que Linda se refería a los rubores y al recato de su esposo.

Pero, por lo demás, la pieza mecánica funcionaba que era un prodigio; la superchería no había sido notada, y los botes de "La Lechera" desaparecían de la despensa como por encanto.

Pero un día, mejor dicho, una noche, una noche trágica e inolvidable, durante uno de los oasis de reposo, entre balbuceos y mimosos dengues, Linda dijo a su marido:

—¿No sabéis, míster Watson?... Creo que yo...

—¿Qué es, mistress Watson, lo que creéis?...

—Que yo... ¡Oh! ¡Qué rubor y qué emoción!... ¡¡Que voy a daros un hijo!!...

—¡Imposible!—protestó enérgica y rápidamente Pedro Eduardo—. ¡Eso es imposible!

—¿Por qué ha de ser imposible?... ¿No puede el más ardiente de los amores, que es tanto como decir nuestro amor, dar el esperado fruto?... ¡Yo sé que por dentro os alegra la noticia, míster Watson!

—¡Una muchedumbre!—hubiera contestado éste, de haber nacido en Lavapiés en lugar de hacerlo en la Quinta Avenida; pero se limitó a porfiar con terquedad aragonesa—. ¡Os digo, mistress Watson, que eso es imposible!... Seguramente os chanceáis para burlaros de mí...

—Y vos, de puro contento, cerráis los ojos a la evidencia... Desde que vos llegasteis, amor mío, caí en falta...

—¿Con quién?

—¡Me ofendéis, míster Watson!... Quiero decir que he contado cinco faltas ya... ¡Y que ya siento agitarse el nuevo ser en mis entrañas!... Poned la mano aquí..., aquí... ¿Lo dudáis aún?...

¡Cielos! Efectivamente: las trémulas manos de Pedro Eduardo palparon el nuevo ser a través de las tensas paredes abdominales

de Linda... Pero ¿cómo podía ser aquello?... ¿De quién podía ser aquello?... De míster Black, no; que el infeliz estaba jubilado y como borrado del libro de los vivos... ¿De quién, pues? ¿De quién?...

Preguntarlo habría sido descubrirse... También era imposible esto... ¡Bah! Ilusiones de Linda... O alguna retención anormal... O algún tumor...

Muerto de impaciencia y roído por unos celos feroces, Pedro Eduardo se decidió a llevar a su mujercita a que la reconociese un médico.

—¡Que sea enhorabuena, míster Watson! —dijo el galeno por todo diagnóstico—. Pronto tendréis un robustísimo heredero...

¡Pero si no podía ser! ¡Si aquello no podía ser!... Linda no le había dado el menor motivo de duda. No se había separado de él desde que regresó de su funesto viaje; apenas frecuentaba la sociedad; pues, tras las

borrascosas noches de amor, se pasaba los días en plena convalescencia... ¡Ea! ¡Que no podía ser!... ¡Que aquello no podía ser!... Porque él..., ¡ni pensarlo!... Toda su pólvora, su auténtica pólvora, se gastaba en salvas, sin que de ella se pudiese aprovechar ni un solo grano... ¡Que no! ¡Ea! ¡Que no!... Aunque se lo jurasen frailes descalzos, y aunque se lo quisieran colar con calzadores!... ¡Que no, que no y que no!...

Y, sin embargo, el proceso genésico seguía normalmente su marcha, entre mareítos, asquitos, antojitos y demás gaititas. La gran sociedad de Nueva York abrumaba con sus norabuenas y parabienes a los prolíficos esposos, y de oro y jade, de coral, de nácar... se habían recibido ya en casa del matrimonio Watson como obra de dos mil sonajeros. El hatillo, regalo de los abuelos McCleod, valía veinte mil dólares; y los abuelos Watson, por su parte, adquirieron para su nieto

una cuna bizantina de oro y esmaltes, que había arrullado el sueño de varios emperadores de Rusia.

—¡Que no podía ser! ¡Que no, que no y que no!...

La casa se puso en conmoción cierta noche, a altas horas de la madrugada.

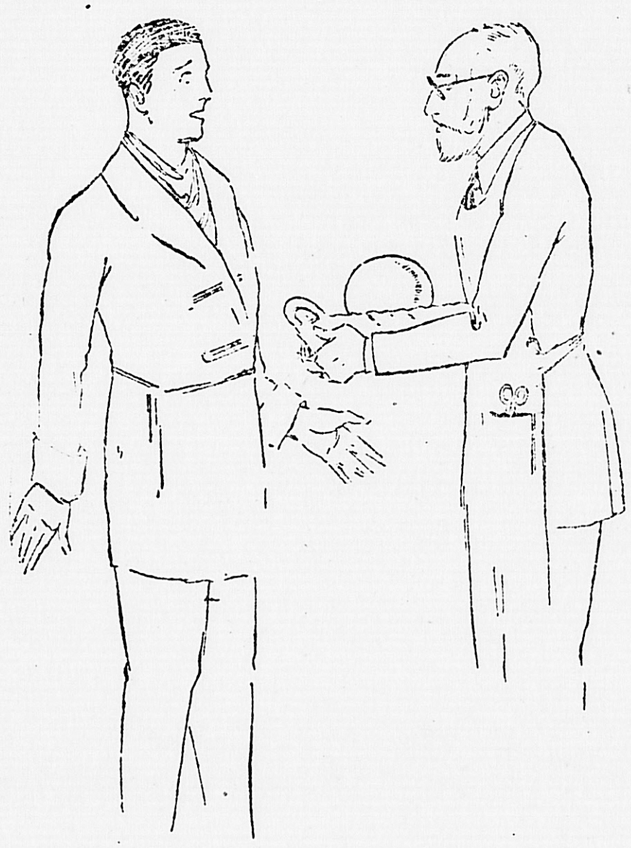
¡Llegaba el momento!...

¡A ver: la comadrona, en seguida!...

Carreras, cabildeos, rabiosas llamadas por teléfono, órdenes, contraórdenes... Que no se presenta bien; que un médico; que diez médicos; que un especialista; que cien especialistas... para recibir a aquel hijo, que no era obra de varón...

—¡Que no podía ser! ¡Que no, que no y que no!...

Por fin, un grito agudísimo, que taladró los oídos de Pedro Eduardo; unos angustiosos, interminables momentos de espera... Y la comadrona, y los médicos, y los especia-



listas tocólogos... que se presentan ante el nuevo papá, con unas caras largas, dignas del Greco...

—¿Niño o niña?—interrogó Pedro Eduardo, a pesar de su incredulidad eterna.

Y mostrándole un cestillo forrado de valiosísimos encajes, le contestaron:

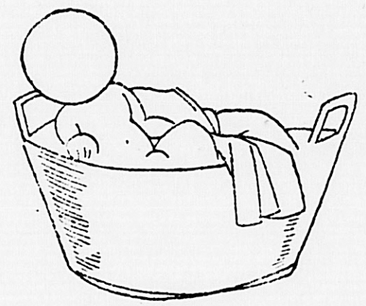
—Vedlo aquí... ¡¡Un queso de bola!!...

Un queso de Holanda, efectivamente, rotundo, carminoso, perfectísimo...

—¡Esto sí que puede ser!—exclamó Pedro Eduardo, lanzando una carcajada bastante sardónica.

Y todos creyeron que, con la emoción, el desventurado padre había perdido el juicio...

Vicente Díez de Tejada



EN NUESTRO NUMERO
PROXIMO PUBLICAREMOS

LA DAMA DEL PALAIS

POR

JOAQUÍN BELDA

ILUSTRACIONES DE
:::: IZQUIERDO DURAN ::::

EDITORIAL "ATLANTIDA"
:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«Volvoreta», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición)
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 2.ª edic., **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**
El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**
Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**
La España chica, por José Cuartero, **4 pesetas.**
Un hombre visto por dentro, por Rafael López de Haro, **5 pesetas.**
Cielo y fango, novela, por Alfonso Vidal y Planas, **5 pesetas.**

EN PRENSA

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

LA NOVELA DE NOCHE

NUMEROS PUBLICADOS

1, La hija de la Cortesana, por «El Caballero Audaz». Ilustraciones de *Penagos*.—**2, Demasiado hermosa,** por Rafael López de Haro. Ilustraciones de *Ribas*. **3, La casa de "La Trini"**, por Emilio Carrère. Ilustraciones de *Varela de Seijas*.—**4, El veneno de la aventura,** por Alvaro Retana. Ilustraciones de *Guillén de Villena*.—**5, El Palomar**, por Joaquín Belda. Ilustraciones de «*Demetrio*».—**6, Relato inmoral,** por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de *Dichi*.—**7, Astucias de mujer,** por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de *Vázquez Calleja*.—**8, La comedia de la honorabilidad,** por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de *Antonio Juez*.—**9, Los pecados de Carmina,** por Alberto Valero Martín. Ilustraciones de *Robledano*.—**10, A todo amor,** por Felipe Sassone. Ilustraciones de *Penagos*.—**11, Miguelillo, el de la Cava,** por Antonio Casero. Ilustraciones de *Casero (hijo)*.—**12, Felicidad,** por Alberto Insúa. Ilustraciones de *Vázquez Calleja*.—**13, Un consentido,** por Juan Ferragut. Ilustraciones de *Izquierdo Durán*.—**14, El diablo con faldas,** por Alvaro Retana. Ilustraciones de «*Demetrio*».—**15, La maldita carne,** por Fernando Mora. Ilustraciones de *Rivero Gil*.—**16, Rocío, "la Pilares"**, por Enrique Domínguez Rodiño.—Ilustraciones de *Baldrich*.—**17, Una pobre vida,** por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de *Varela de Seijas*.—**18, Ponchín I, "Rey de la casa"**, por Andrés González Blanco. Ilustraciones de *Augusto*.—**19, Amalia, "la Palo Santo"**, por Joaquín Belda. Ilustraciones de *Puig*.—**20, Noche de San Juan,** por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de *Baldrich*.—**21, No por obra de varón...,** por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de *Ochoa*.

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	12 —

EXTRANJERO

Año.....	32 ptas.
Semestre.....	19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año.....	24 ptas.
Semestre.....	14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

Sucesores de Rivadeneyra

(S. A.)

ARTES GRAFICAS

GRANDES TALLERES DE
IMPRENTA
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION
ESTEREOTIPIA
GALVANOPLASTIA
FOTOGRABADO
MANIPULADOS
NOVEDADES
PARA
RECLAMOS
todo ello con los más modernos procedimientos.

Paseo de San Vicente, 20

TELEFONO J-376 **MADRID**

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MUCHAS GRACIAS

30 cts

TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◆

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◆

EL QUE LO COMPRA REPITE

◆

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO

REVISTA COMICO-SATIRICA

DIRECTOR

ARTEMIO PRECIOSO



La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID,